

Presentación

1807 – 2007:

«En los hombres la experiencia proviene de la memoria»

[ARIST. *Metaph.*, I 1]

La iniciativa de *Apuntes Filosóficos*, de reunir a un grupo de estudiosos – cuya colaboración grandemente agradecen la revista y la Escuela de Filosofía de la UCV – para que visitaran libremente una vez más (*immer wieder*), temas, figuras y estructuras de la *Fenomenología del espíritu* de G.W. Hegel, es de las que se justifican por sí solas, en razón de la importancia de la ocasión que las han motivado. En efecto, *Apuntes* ha escogido la manera más simple y directa para adherir a los múltiples eventos que en todo el mundo celebran en la actualidad los doscientos años de haber aparecido la obra hegeliana.

En una página de su *Zibaldone di Pensieri di varia filosofia e bella letteratura*, redactada en 1819, Giacomo Leopardi, joven de poco más de veinte años, ha dejado una breve reflexión sobre los aniversarios y la «bella illusione» que suelen despertar las fechas que periódicamente se repiten; «per cui quantunque» ese día, mes, o año, «non abbia niente più che fare col passato che qualunque altro», sin embargo, ese día, mes, o año, nos incita a recordar eventos del pasado con tanta participación, que nos parece verdaderamente que «quelle tali cose che son morte per sempre né possono più tornare, tuttavia rivivano e sieno presenti come in ombra». Lo cual, anota el poeta, «ci consola infinitamente allontanandoci l'idea della distruzione e annullamento che tanto ci repugna e illudendoci sulla presenza di quelle cose che vorremmo presenti effettivam[ente]».

Algo parecido sucede con el 1807, Hegel y la *Fenomenología del espíritu*: sin ninguna duda, ese año es uno entre tantos; sin embargo, en ese mismo año, entre verano y otoño, vino a la luz, un tanto laboriosamente, un libro extraordinario, por la originalidad de su diseño interno y los inesperados horizontes que dejaba abiertos a la historia del pensamiento filosófico. En su idea, el libro quiso ser el reflejo de su propia época y, por lo mismo, decretó

el destino del mundo al que pertenecía; e incluso, según algunos de sus más recientes intérpretes, el «final de la historia». En realidad, como comenta Martin Heidegger para explicar el sentido auténtico de la *Einleitung* hegeliana de 1807, «la *Fenomenología del espíritu* (...) ha osado una tarea metafísica como antes nunca necesitó ser planteada ni posteriormente nunca más podía serlo. Por ello esta «obra» es un instante único y en un particular sentido destacado de la historia de la metafísica».

Dicho con otras palabras: a partir del planteamiento hegeliano, quedaban atrás el problema del método y la «crítica» del conocimiento como momento propedéuticamente decisivo del pensar filosófico, al estilo cartesiano o kantiano. En efecto, la nueva introducción a la ciencia, coincidía con el seguimiento del proceso de la *Bildung* mediante la cual el Sujeto realiza su verdadera naturaleza recorriendo la totalidad de las «figuras» del mundo histórico. El cambio, marcó una hendidura profunda en el cuerpo teórico de la modernidad e impuso la diferencia del «antes» y el «después» dentro del orden irreversible de las filosofías. Ahora bien, si nos acogemos al criterio enunciado por Giambattista Vico en los *Principi di Scienza Nuova* (Dignità XIV): «Natura di cose altro non è che nascimento di esse, in certi tempi e con certe guise», y lo aplicamos, en este caso, a la ‘cosa’ especial que es la autoconciencia filosófica contemporánea, no cabe duda de que unos cuantos aspectos muy significativos de la misma, resultarían de difícil interpretación sin remitirlos a la influencia de la fenomenología hegeliana.

En la presente oportunidad, resulta imposible un recuento, ni siquiera somero, de los modos con que la *Fenomenología del espíritu* condicionó la especulación filosófica posterior. En cierto sentido, la aventura empezó, como es sabido, desde la misma gestación de la obra, con los cambios en los planes y programas editoriales que el propio autor estuvo elaborando; y con los intentos, por cierto nada fáciles, de encontrar para la gran novela «de amor y muerte» – así la denomina Benedetto Croce en la «fantasía» que publicamos en la sección «Textos y documentos», traducida por primera vez al castellano – el espacio teórico más adecuado dentro de las abigarradas arquitecturas del «sistema», de la *Ciencia de la lógica* y de la *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. Efectivamente, a los pocos años de haber desaparecido el Maestro, algunos de sus discípulos – los así llamados «jóvenes hegelianos» – si bien con intenciones

polémicas, cayeron en la cuenta de que no menos importante que el método señalado por la fenomenología a la «conciencia natural» para elevarse al conocimiento científico, era el caudal de experiencias que Hegel había recogido en la «ciencia de la experiencia de la conciencia». La «mirada» fenomenológica parecía haber alumbrado aspectos inesperados del «en sí» racional presente en el mundo de los hombres y en su historia, más allá de los límites que parecía derivar de la organización dialéctica del sistema. Así fue que Karl Marx y Soren Kierkegaard denunciaron la distancia insalvable que separaba la racionalidad que guía los progresos de la *Bildung* de la Autoconciencia, de aquella otra racionalidad, extraña a la historia social, así como a la existencia del individuo; el filósofo de la praxis, asumiendo la categoría del trabajo social como superación de la dialéctica del amo y del esclavo; el pensador del «aut-aut», refutando la figura de la «conciencia infeliz» en cuanto estructura resolutive de la experiencia religiosa. Por supuesto, los puntos de vista de Marx y Kierkegaard no habrían podido ser más separados; con todo, en virtud de una admirable *concordia discors*, los dos, con estilos y perspectivas diferentes, inauguraron la cuestión *par excellence* de la hermenéutica hegeliana; es decir, el tema de la «diferencia» residual entre lo universal conceptual y lo concreto de la experiencia.

Esta disyuntiva en la lectura de la filosofía hegeliana, se impuso con renovada energía crítica, a raíz del ensayo sobre el «joven Hegel» que publicara, en 1905, Wilhelm Dilthey; y de la edición preparada por Eduard Nohl de los *Theologische Jugendschriften*, en 1907. En un cierto sentido, el filósofo de la historia y el filólogo corroboraron lo que en parte ya se conocía; esto es: que en el itinerario filosófico de Hegel, las categorías del Saber y del Espíritu absoluto habían sido metas finales de un largo y laborioso camino; a las que el filósofo había llegado, luego de haber ordenado, siguiendo la filigrana del sistema especulativo, experiencias religiosas y políticas vividas con intensa participación personal. Dilthey y Nohl rubrican la etapa preparatoria de la así llamada *Hegel-Renaissance*, que ocupó los años Veinte y Treinta del '900, y que representó, quizás, el momento más alto e importante de la fortuna de la *Fenomenología del espíritu* en el pensamiento contemporáneo. En Francia y Alemania, en particular, las muy distintas lecturas de la *Fenomenología*, adelantadas por intérpretes como Alexandre Kojève, Jean Paul Sartre, Martin Heidegger,

Georg Lukács, entre otros, animaron muy significativamente – aunque no siempre en forma persuasiva – las investigaciones y las problemáticas de la fenomenología, del existencialismo, del marxismo y del pensamiento crítico. Por ello, en los finales de los años Treinta y después de la Segunda guerra mundial, algunos de los temas más sugestivos de la *Fenomenología del espíritu* matizaron las investigaciones de la filosofía europea, interesada en definir la lógica del devenir histórico, sin dejar, al mismo tiempo, de guardar la «diferencia» entre razón y existencia. Nos referimos, por ejemplo, a la interpretación de la «experiencia de la conciencia» como proceso a través del cual se constituye el objeto en su verdad; el motivo del «reconocimiento» como fundamento de la libertad de la Autoconciencia y la superación de la objetividad extrañada; el diseño de la conciencia infeliz y la crítica de la moralidad abstracta del «alma bella».

A finalizar estas líneas, queda por aludir a otro capítulo de la fortuna de la *Fenomenología del espíritu*; algo más cercano, si se quiere, que ha seguido desarrollándose, a partir de los años Sesenta, entre los colegas de la Escuela de Filosofía y de otras dependencias de la Universidad Central. En medio de circunstancias académico-políticas a ratos muy controversiales – especialmente con los cambios que la «renovación» promoviera en los objetivos y programas de la enseñanza universitaria – la filosofía hegeliana estuvo presente según dos distintos registros de lectura. El primero privilegió el análisis del sistema hegeliano, o mirando a relacionar el movimiento fenomenológico de la Autoconciencia con el devenir de la Idea que figura en la *Ciencia de la lógica*; o rastreando los escritos juveniles hegelianos – especialmente los dedicados a la crítica de la «positividad» y la alienación religiosa y jurídico-política – para evidenciar los antecedentes de uno de los tópicos centrales de la reflexión fenomenológica hegeliana, a saber: la dialéctica entre *Gewißheit* y *Wahrheit*, que apremia los progresos de la conciencia natural. Por otra parte, la intrínseca ambigüedad del «saber aparente», o que se manifiesta, de la que arranca la *Fenomenología del espíritu*, pareció que pudiera sugerir motivos ulteriores de reparo ante los excesos del formalismo metodológico presentes en la epistemología neo-positivista, o en las filosofías analíticas del lenguaje.

En la segunda de las perspectivas mencionadas, al libro publicado en 1807 se acudió más bien como a fuente secundaria de referencia, para extraer del mismo indicaciones que resultaban útiles en la revisión de las muy distintas fundamentaciones del marxismo – de Lukács a Althusser y a las insinuaciones dialécticas de Adorno y Marcuse – muy de moda en los años Setenta; o para confrontarse con las ontologías de la existencia de Heidegger y de Sartre, compromisos inescapables de la reflexión filosófica contemporánea, desde 1945 y hasta la caída del muro de Berlín.

Giulio F. Pagallo y Omar Astorga